

Significaciones de pertenencia: inscripciones y fisuras

*Yamila Zapata Marzolla**

Resumen

El presente trabajo es un estudio acerca de la subjetividad de la juventud actual respecto a su experiencia en relación a los procesos sociales y culturales de nuestra sociedad contemporánea. Indagamos en los sentidos y la significación que los jóvenes construyen a partir de significaciones de pertenencia y procesos identificatorios singulares y colectivos en la actualidad.

Consideramos que está fallando un sustento simbólico básico para construir significaciones de pertenencia, entendida como el proceso de inscripción del otro que representa la posibilidad de referentes de vinculación, proyecto, significaciones comunes, en donde se van desarticulando los sostenes del diálogo entre el mundo subjetivo y los escenarios sociales y culturales, emergiendo un amplio margen de vulnerabilidad de los procesos de la subjetividad.

Abstract

The present paperwork is a study about today's youth subjectivity regarding their experience in relation to the social and cultural processes of our contemporary society. We investigated the sense and significance that the youth is building nowadays from belonging significance and singular and collective identificatory processes.

We consider that is failing a basic symbolic sustenance to build belonging significances, understanding it as the process of inscription with the other one, who represents the possibility to make references of linking, common project, and significances, in which space appears a disarticulation in the supports of dialogue between the subjective world and the social and cultural scenario, emerging then a wide margin of vulnerability of subjectivity processes.

* Egresada de la maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Dirección electrónica: yamilaz@hotmail.com

Introducción

La propuesta de este trabajo es abordar algunos aspectos de la problemática de la subjetividad juvenil, inmersa en la complejidad de los procesos sociales contemporáneos. Los vertiginosos cambios de esta época, se manifiestan en construcciones de sentido en un terreno complejo en el que intervienen distintas racionalidades. Algunos han denominado “posmoderno” el momento social actual, sin entrar en el debate de las diversas nominaciones que han identificado a la actualidad; es relevante poner atención a las transformaciones sociales y culturales que se están produciendo. En este sentido preferimos hablar de una sociedad compleja; ello refiere la existencia de una red de significaciones y sentidos implicados, la apertura a la diversidad de preguntas y la variedad de estrategias reflexivas.

Dentro de lo que consideramos como características hegemónicas del universo social, se encuentran los cambios en las últimas décadas, tanto en la ciencia, la filosofía, la religión, el arte, la sexualidad, la economía, la presencia hegemónica de las leyes del mercado, el rápido cambio tecnológico, las guerras, las posibilidades que ofrecen las telecomunicaciones, la comunicación virtual y sus nuevas formas de socialidad, los nuevos intereses políticos, el desvanecimiento de las lógicas de protección social, el desempleo, la violencia, el auge de los movimientos sociales –especialmente los relacionados con problemas raciales, étnicos, ecológicos, etcétera; la caída de los metarrelatos o relatos totalizadores, la desvalorización de los proyectos colectivos, la transformación radical del tiempo y el espacio y la transformación, desautorización, construcción o resignificación con valores de antaño. Instancias que dan lugar a una multiplicidad de universos simbólicos, discursivos, a veces contradictorios entre sí, en los cuales el sujeto está situado y debe posicionarse, para dar cargas significativas a su vida y a sus prácticas.

Si bien no puede considerarse una cultura homogénea, integrada y sin fisuras ni contradicciones, existe un conjunto de sentidos y comportamientos hegemónicos en el contexto social que nos permiten pensar en los componentes de la cultura, sus valores, normas, ideas, instituciones, dominantes en los intercambios humanos, en proceso

de transformación y movimiento acelerado. Dichos procesos de la realidad actual forman parte de los conflictos y cuestionamientos de nuestras sociedades, así como su enorme implicación en la vida cotidiana de los sujetos.

En este contexto, hay varias interrogantes que acompañan este trabajo en la intención de indagar acerca de las significaciones sociales en la experiencia de la subjetividad juvenil, y más específicamente en relación con los lugares de sentido que estos jóvenes construyen a partir de significaciones de pertenencia e identificaciones. Me pregunto: ¿cómo se configura la subjetividad juvenil en el momento actual en lo relativo a las identificaciones y significaciones de pertenencia que adquiere o construyen los sujetos respecto de su realidad sociocultural?, es decir, ¿cuáles son los puntos de tensión, conflicto, contradicción, malestar en la juventud actual, en lo referente a lo que los vincula o desvincula con la sociedad?, ¿cuáles son los nudos de conflicto entramados en el diálogo continuo del mundo de los sujetos y su sociedad?, y ¿qué genera este diálogo en la vida contemporánea?

La idea de pertenencia refiere a un sentimiento de la experiencia subjetiva en el cual podemos hablar de integración, coincidencia, proyecto, en la medida en que hay acuerdos, lugares valorativos cohesionantes del imaginario singular y colectivo, referentes de vinculación y significaciones comunes.

Las posibilidades de construcción del sentido social en relaciones simbólicas e imaginarias de toda colectividad, se conforman en ejes problemáticos de identificaciones y pertenencias que estructuran dichos intercambios y relaciones entre sujetos, representaciones colectivas y singulares, identidades, alteridades, diferenciaciones y vinculaciones.

En este sentido nos preguntamos sobre las construcciones posibles de los jóvenes en sus mundos de vida, aspiraciones, proyectos, deseos, frustraciones, prácticas colectivas, ideales, malestares, futuros imaginables, así como respecto de la experiencia subjetiva en lo referente a escenarios sociales y culturales actuales habitados y habitables, a construcciones vinculares afectivas, académicas, laborales; es

decir, a sus proyectos de vida y a los sentidos que éstos portan en las configuraciones de nuestra sociedad contemporánea.

En este artículo se da cuenta de una experiencia¹ realizada con varios grupos de jóvenes universitarios de la licenciatura de psicología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, con una estrategia metodológica cualitativa. Se eligió el grupo como dispositivo metodológico, considerado como espacio de relaciones imaginarias, institucionales, sociales, inconscientes y deseantes, para realizar una escucha significativa.

Se trabajó con grupos de reflexión en su modalidad operativa, como un dispositivo que permite dilucidar procesos inconscientes y vinculares a partir de una tarea específica que se despliega con una consigna, en un atravesamiento institucional. La modalidad operativa refiere a toda una concepción específica de lo grupal y a su consecuente modalidad de trabajo, a un modo de interpretar y abordar el material producido a partir de un proceso grupal.

Este estudio se llevó a cabo con jóvenes universitarios, porque son los mejor colocados en términos de alimentación reflexiva, recursos simbólicos y tránsito por una profesión que porta sentidos y lugares, identificaciones y pertenencias, ¿qué pasará con otros sectores menos afortunados? Surgen éstas y otras preguntas en relación con las generaciones juveniles actuales de nuestras realidades latinoamericanas.

El material discursivo que se produjo en los procesos grupales, se estudió detenidamente a partir de estrategias de análisis de escucha de los emergentes discursivos y miradas interpretativas de los contenidos que surgieron; en este sentido, quisiéramos destacar la importancia de la escucha, de darle la voz a los jóvenes y escuchar cómo se están posicionando y qué se preguntan.

¹ Investigación presentada como tesis de maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, UAM-Xochimilco.

Subjetividades emergentes

Explorar el tema de la interrelación entre el sujeto singular y los fenómenos sociales o colectivos en los cuales está inscrito, nos lleva a pensar en la categoría de “sujeto social”. Desde esta perspectiva, la pregunta fundamental que guía nuestra reflexión es ¿qué tipo de procesos permiten que seamos sujetos de la cultura?, o ¿de qué procesos hablamos cuando enunciamos la idea de sujeto social?, así como: ¿qué elementos de la propia dinámica psíquica están en diálogo con esa cultura, o se resisten (desde diversos lugares) a la misma?

Partimos de pensar los ámbitos de lo social y lo subjetivo como categorías de reflexión entramadas complejamente, pero en una lectura de construcción continua y significación de realidades que si bien tienen sus particularidades, establecen un diálogo que las constituye mutuamente. La posibilidad de trascender la lógica de oposición dicotómica del “individuo” y la “sociedad”, apuntaría a la idea de un sujeto que se constituye desde su nacimiento biológico como sujeto psíquico y como sujeto social. Consideramos a un sujeto, producto y productor tanto de procesos sociohistóricos como de procesos subjetivos tejidos en una red de tramas sociales, grupales, institucionales e inconscientes (Baz, 2001).

En la medida en que hablamos de un sujeto del inconsciente que es también un sujeto social, grupal e institucional, que sin embargo no está dado para siempre, sino que necesita de un diálogo constructor con sus escenarios de vida socioculturales y vinculares, nuestra lectura nos hace considerar que existe un amplio margen de vulnerabilidad de los procesos de la subjetividad que es significativo, considerando que los sostenes de este diálogo se están desarticulando en nuestras realidades contemporáneas.

Desde luego, se está proponiendo una lectura desde la psicología social, eso significa una articulación compleja y polémica entre la subjetividad y el orden social. La subjetividad no es fundada en actos determinativos, sino en un diálogo activo. Esto quiere decir que si bien estamos inscritos y sujetos a una cultura, a un lenguaje, a valores y universos de sentido, existe también un ámbito de singularidad y creación subjetiva que desborda lo dado; esto indica la presencia de

un grado de construcción singular que irrumpe fuera del alcance determinativo y deja traslucir el orden del deseo.

En la actualidad podemos hablar de subjetividades emergentes. Esta idea tiene que ver con una noción que da cuenta de una experiencia y su calidad de singularidad. Además, expresa una tensión, supone la movilización de un determinado estado de fuerzas, de fantasías, deseos, ansiedades, miedos, resistencias, ideologías, memorias, intercambios, mitos, que se expresan en un espacio de lucha y diálogo, entre representaciones emergentes y sus distintos códigos de expresión. Se lee en lo emergente un acontecer singular y colectivo que expresa un decir, entramado en procesos de tensión por el cruzamiento de varios elementos sociales y subjetivos. La idea de *emergente* como noción experiencial habla de un espacio y un tiempo, así como de la forma en que este “aquí y ahora” es pensado, vivido, sentido, sin poderse desligar de su determinación histórico-social. Ello contribuye, en su noción de cualidad de un momento social, a la idea de algo “nuevo” o distinto.

En el análisis de lo grupal, lo emergente tiene que ver con un acontecimiento en el que habrá de condensarse una calidad conflictiva de la dialéctica permanente de dos convergencias: por un lado, un eje sincrónico, el grupo real, que enuncia lo otro, lo diferente, lo nuevo; por el otro, un eje diacrónico, la historia subjetiva de cada miembro. En el encuentro de estos ejes, se da un acontecer grupal entretejido por fantasías, deseos inconscientes, producciones colectivas e históricas, en el encuentro y desencuentro de subjetividades vinculadas por una tarea común, donde se despliegan escenas internas y escenas colectivas que movilizan fenómenos conflictuales expresados en los emergentes.

Así, lo emergente como experiencia estará entramado en lo singular y lo colectivo, compartido en subjetividades que se construyen en un espacio y un tiempo determinado. La experiencia tiene que ver con la conjugación de condiciones simbólicas duraderas, valores, saberes, sensibilidades que fundan una referencia objetivada al mundo.

La idea de *subjetividades emergentes* nos hace preguntarnos en qué momento social emerge algo que nos habla de procesos sociales significativos de nuestro tiempo. Desde este punto de vista interesa dar

cuenta de los emergentes que señalan hacia una trama vincular que les subyace, como un intento de reflexión acerca de las posibilidades de construcción de “lo social”, en un momento cultural de la vida contemporánea, donde las posibilidades de dar sentido y significar colectivamente dicha trama conllevan grandes contradicciones, incertidumbres o derrumbes que atraviesan la experiencia subjetiva.

Consideramos que estas transformaciones del mundo y de los sujetos nos hablan de nuevas configuraciones del malestar en la cultura (Rojas y Sternbach, 1994) que inscriben la tensión entre el sujeto y su mundo sociocultural, a formas diversas del sentir, vivir, resistir, concebir, elaborar, pensar, simbolizar, adaptar, negar, evitar, etc., las problemáticas inherentes de la cultura y la subjetividad que tocan los contenidos más íntimos de esta última en múltiples significaciones.

Al hablar de malestar en la cultura nos referimos a las dificultades subjetivas de procesar internamente cambios de la realidad social que se presentan paradójicos y difíciles de elaborar. Freud planteó que toda construcción cultural y social conlleva inevitablemente males-tares individuales frente a la renuncia de lo singular en agregaciones de la dimensión colectiva, por tanto, el malestar tendría que ver con algo intrínseco a la cultura misma, dado el antagonismo irremediable que existe entre las exigencias de la organización cultural y el sacrificio de las exigencias pulsionales.

Las construcciones culturales, entonces, requerirían para su supervivencia del sacrificio de lo pulsional, imponiendo un monto importante de insatisfacción a los sujetos que las habitan.

La cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional, el alto grado en que se basa, es precisamente la no satisfacción (mediante sofocación, represión, ¿o qué otra cosa?) de poderosas pulsiones. Esta “denegación cultural” gobierna el vasto ámbito de los vínculos sociales entre los hombres; ya sabemos que ésta es la causa de la hostilidad contra la que se ven precisadas a luchar todas las culturas (Freud, 1988:96).

Por tanto, cada época y cultura genera formas específicas de malestar, produciendo a su vez sus propias formas de sufrimiento, mismas que se expresan en diversas modalidades de las encrucijadas del deseo.

Sin embargo, pensamos que si bien los malestares en la cultura son procesos de renuncia, conflicto y elaboración en el mejor de los casos, no se puede dejar de considerar que no todas las culturas funcionan de modo idéntico en este sentido, y hay periodos en que este malestar puede exceder el malestar al que Freud se refería en sus escritos, pensando que dichas renunciaciones subjetivas intrínsecas a un orden social son ampliamente reforzadas por otros malestares característicos de las modalidades de una sociedad en particular, dando cuenta de la complejidad de la realidad contemporánea en la que vivimos.

Estas tensiones entre el mundo de los sujetos y el mundo de la cultura tienen que ver con la expresión de las llamadas “sintomatologías” de las nuevas generaciones, que desbordan la comprensión si se reducen a un ámbito clínico sin referencias al mundo social en donde se configuran. Ya Foucault enfatizó la historicidad social de las significaciones de salud-enfermedad y las variaciones de esta significación de acuerdo con cada época. Con esta salvedad nos referimos con la idea de “sintomatologías” a una serie de manifestaciones clínicas y psicosociales, como la presencia dominante de toxicomanías y diversas adicciones, anorexias, enfermedades psicosomáticas y depresiones, en tanto manifestaciones entendidas como emergentes de resonancia social en los sujetos de nuestra época.

Jean Baudrillard y Marc Guillaume (2000:25) hablan de un sujeto inmerso en un mundo de redes múltiples que permiten el desarrollo de nuevas formas de socialidad; “se trata de una forma de comunicación que nos hace romper con la nostalgia de la comunidad, con la dialéctica tradicional del individuo y de lo colectivo. Llamo espectral a esta nueva forma de ser y de hacer intercambios”. Las comunicaciones espectrales permiten observar formas nuevas de socialidad donde el cuerpo está ausente, dicha forma de intercambio imprime un nuevo código hegemónico intersubjetivo desde el anonimato. Este último es también una posibilidad de construcción de identidades, de roles y papeles en el encuentro de personas desconocidas que hablan entre sí, “[...] entre las cuales se puede iniciar un juego de identidad, de enmascaramiento o de intersubjetividad [...], en este sentido la espectralidad se constituye como un modo de ser que modifica globalmente las sensibilidades, los comportamientos y

las relaciones mucho más allá de los dispositivos técnicos y de los usos de la comunicación” (Baudrillard y Guillaume, 2000:37). La espectralidad transforma el código de la socialidad, en el cual ya no somos sólo producto de relaciones directas, sino en gran parte de relaciones virtuales que nos cruzan cotidianamente.

El antropólogo francés Marc Augé (1998), habla de un déficit simbólico en las generaciones contemporáneas, entendiendo la simbolización como lugares de sentido representados colectivamente. Al respecto explicita que los mitos sociales, en su actividad ritual, dan sentido a la existencia subjetiva y colectiva, establecen fuerzas de pertenencia o unión a una determinada organización social, construyendo identidades colectivas: “Los ritos de nacimiento, los ritos de iniciación, los ritos funerarios, hacen entrar en juego a Otro (un antepasado, generaciones anteriores, un dios o un hechicero) con el cual es menester establecer o restablecer una relación conveniente para asegurar la condición y la existencia del individuo o del grupo” (Augé, 1998:27).

Así, el rito es creador de mediaciones simbólicas que permiten establecer lazos de sentido social. Augé advierte que en la vida contemporánea emerge una suerte de bloqueo en la posibilidad de lo ritual. En este sentido habla de una impotencia de simbolización en las generaciones actuales y le da valor de síntoma. Con todo ello, aludimos a un mundo que se presenta con grandes cambios y complejos procesos de transformaciones tanto de las formas de sociabilidad, de las prácticas sociales y de las subjetividades, como de configuraciones distintas que los jóvenes dan para situarse y significar sentidos a sus horizontes de vida.

Vicisitudes de la juventud

Al considerar los cambios radicales en el mundo, habría que destacar los imaginarios sociales acerca de la juventud, por un lado, y por el otro escuchar la experiencia subjetiva de la realidad juvenil en relación con estos procesos sociales como dos escenarios que no siempre

coinciden y que expresan múltiples contradicciones. El imaginario de juventud como modelo de vida aparece en forma de un discurso social muy arraigado en estas décadas, enaltecido como un valor supremo. Todos quisieran ser jóvenes y detener el tiempo, sin considerar la paradoja de que tal vez éste puede ser uno de los momentos históricos sociales de más dificultad para ser joven. Los jóvenes están en un momento generacional de grandes tensiones: por un lado son herederos de una transmisión cultural y social y, por otro, tienen un papel de partícipes activos en la construcción de espacios laborales, académicos, afectivos, en mundos singulares y colectivos que configuran horizontes de lo inédito.

Desde este papel receptor y constructor la juventud establece diálogos e interacciones particulares con su mundo social, en donde se perciben tensiones, fisuras, en el mundo de la subjetividad y en las significaciones que hacemos de las realidades que habitamos y construimos.

Existen diversos imaginarios que hablan del mundo de lo esperable de la juventud, lo exigible, los desafíos, las responsabilidades y los encargos a los jóvenes, en donde muchas veces queda desdibujado el horizonte de lo posible.

El joven ha afrontado una época de tránsito por la adolescencia, lo cual, entre otras cosas, lo convoca al camino de la salida del grupo familiar y la búsqueda de su lugar en la sociedad, procesos por los cuales la juventud debe construir sus espacios de autonomía interna y de participación social. No podemos perder de vista que el lugar de la juventud es un momento de síntesis de varias demandas sociales, y de voces adultas; en este sentido, las estrategias de la subjetividad juvenil por resistirse, inventar, diferenciarse, negar, etcétera, son caminos para construir una voz propia, una distinción generacional de sus vínculos con la realidad. Junto con la presencia de renunciadas pasadas (infantiles), imaginarios de construcciones presentes y elaboraciones de un futuro posible, los jóvenes se ven convocados a configurar un “proyecto” definitorio de sus posibilidades y deseos.

En estos proyectos se juegan las construcciones imaginarias de la identidad. Sin embargo, vivimos la paradoja de que en la actualidad resulta muy difícil sostener un proyecto y una construcción

de futuros posibles; hay un gran déficit en la generación de lugares de participación social de los jóvenes. La falta de oportunidades y las condiciones precarias de ocupación laboral, dan cuenta de estas contradicciones, destruyendo proyectos y futuros imaginables.

La problemática del desempleo, como efecto de decisiones económicas y políticas, conlleva grandes malestares; la política social no satisface las necesidades de trabajo y, con ello, la aspiración de un trabajo que permita independizarse, estudiar, formar una familia, tiene hoy en día grandes restricciones, generando en la juventud sentimientos de impotencia y frustración.

Nos interesa destacar la categoría de juventudes en riesgo. Tanto el debilitamiento en la capacidad de agregación de las relaciones laborales, la ausencia de protección social (como forma de abandono), las políticas excluyentes del mercado, y el descentramiento de sentidos colectivos, conlleva a que mayores esfuerzos de definición queden circunscritos al ámbito individual en una “sociedad mundial del riesgo” (Maluf, 2001:5), en la cual “éstos son soportados y distribuidos como condición existencial”. En este sentido, también el riesgo es ante todo el empobrecimiento del vínculo social, la dificultad de alternativas, el déficit simbólico y constructor de sentidos en la juventud y la exclusión (como marginación de bienes transferibles, ante todo simbólicos). Este déficit simbólico refiere a la experiencia de que debe haber un principio de credibilidad del orden social para que lo simbólico sea un sustento de lo colectivo.

Los riesgos de la juventud son, por un lado una construcción ideológica de sociedades que no quieren explicitar los peligros que generan las decisiones de actores políticos y económicos, y por el otro, son los efectos reales en el ámbito individual de ese estar “arrojado afuera” de una sociedad –idealmente– ordenada y protectora. [...] En la que correr riesgo es indicativo de la no existencia de alternativas, ni de mediaciones (Maluf, 2001:59).

Asistimos a una sociedad en la que están en contradicción formas nuevas y formas viejas de valoraciones sociales; es decir, procesos históricos de significación. “Así, el estatuto de la mujer, el hombre, el

niño, el loco, el civilizado, etc., ha entrado en un periodo de indefinición, de incertidumbre, donde la interrogación sobre la naturaleza de las ‘categorías’ sociales no cesa de desarrollarse” (Lipovetsky, 1988:59).

Pareciera que hay un déficit de sentidos compartidos, que produce también un debilitamiento de los intercambios simbólicos (déficit en el mundo de la palabra, de los lenguajes del rito, de los ideales comunes, las lógicas de reciprocidad, etcétera), en que aparecen otras formas del intercambio humano. El empobrecimiento de los vínculos sociales parece ser una condición de riesgo cuando los jóvenes se orientan a nuevas representaciones, a la construcción de sentidos propios y compartidos de la vida y de las relaciones con el mundo. Finalmente, si bien los jóvenes están interpelados por diálogos perturbadores de un mundo social de riesgo o exclusión, también lo están por convocatorias a construcciones de sentidos en las constelaciones de este mundo social. El desafío se presenta en abrir espacio a la voz y a la palabra que confiera caminos a los jóvenes a fin de encontrar lugares de afirmación de maneras propias, en prácticas singulares y colectivas de diversas formas de acción y significación, proyectos, sensibilidades e imaginarios.

Acerca de la identificación y la pertenencia

Consideramos que los conflictos constitutivos de la subjetividad se configuran en malestares en la enorme complejidad de las cuestiones que hacen el lazo social en la actualidad. Dicho malestar de los sujetos de hoy en día parece exceder las posibilidades elaborativas de las articulaciones de la subjetividad y la cultura. Este “exceso” tiene la cualidad de inelaborable en la medida en que nos aventuramos a proponer que está fallando un sustento simbólico básico para construir significaciones de pertenencia. Esta última compromete proyectos, significaciones sociales, imaginarios colectivos, representaciones del mundo y de la vida, lugares (éticos, profesionales, deseantes, vinculares, sociales, etcétera), posicionamientos subjetivos tanto singulares como colectivos. La dificultad de construcción

de pertenencias, así como de procesos identificatorios que asumimos, son constitutivos del orden psíquico y social; configuran otras formas de lo que Freud llamó el malestar en la cultura e inscriben puntos nodales de conflicto y tensión en los sujetos de hoy en día con su mundo social.

Hablar de pertenencia nos refiere a tres ámbitos de reflexión y a igual número de dimensiones en que los procesos están implicados: por un lado las inscripciones sociales e institucionales que marcan a los sujetos en lo referente a ser, habitar y formar parte de una cultura, una nacionalidad, una profesión, un estrato económico social, etcétera. Podríamos decir pertenencias que vienen de lo instituido.² Las significaciones de pertenencia colectiva remiten a un lugar, a un origen, a un lenguaje, a una institución, a un grupo, a una comunidad con la que el sujeto dialoga permanentemente.

Por otro lado, es importante destacar la idea de pertenencia desde el ámbito de los procesos identificatorios, como un espacio de tensión inacabado, un proceso de construcción de la subjetividad en eterno movimiento que se resignifica en cada vínculo y que abre la dimensión conflictiva donde ésta no es una condición dada, cerrada o acabada, sino un proceso en movimiento continuo que pone en juego constantemente la tensión entre la pertenencia y la no pertenencia como una pregunta a sostener en un espacio conflictual de los debates subjetivos. Así también, la pertenencia siempre remite al vínculo con otros. Es la inscripción interna del otro, la representación del otro.³ Únicamente mediante los procesos de identificación se producen significaciones de pertenencia, por tanto éstas siempre tienen que ver con el sentido de los otros (Augé, 1996); es decir, con sentidos sociales, con apuestas comunes de algún orden, con proyec-

² No quiere decir que lo instituido esté libre de conflicto. Podemos pensar en estos contenidos de lo “ya dado” que tiene enormes cargas sociales y subjetivas. En ese sentido estos contenidos instituidos también se ponen en movimiento con malestares, cuestionamientos, extrañamientos.

³ Pichon-Rivière aludió a la “mutua representación interna” como condición de construcción de la trama o red vincular que es la inscripción fundante de lo grupal. Este proceso de mutua representación interna deviene en la emergencia del “nosotros” y esta vivencia se transforma en pertenencia grupal y en proyecto.

tos que toquen los linderos de referentes colectivos. A partir de la inscripción interna del otro se puede significar un “nosotros” que a su vez refiere a múltiples “nosotros”⁴ en los cuales el sujeto se representa. Se pertenece a un lugar, a un país, a un género, etcétera, y eso remite a otros, lo cual produce identidades imaginarias. En este sentido, el estudio de las nociones experienciales de los jóvenes en esta dimensión conflictual de vinculación y desvinculación en términos identificatorios, acreditan o no, a su vez, sentidos de pertenencia.

Como ya se ha mencionado, es relevante considerar que la condición fundamental para “pertenecer” a un determinado orden social está estrechamente vinculada con las representaciones colectivas que portan de sentido a lo social.

Para nuestra reflexión, es indispensable acudir al *corpus* conceptual de Cornelius Castoriadis (1989), quien señala que la institución de la sociedad representa un magma de *significaciones imaginarias sociales*, que están representadas en las normas, mitos, valores, proyectos, instituciones, tradiciones, reconocidos colectivamente con otros y que conforman la trama de lo social. Toda sociedad instituye un mundo de significaciones (la idea de dios, la familia, la ley, la mujer, el padre, el capital, etcétera) que le dan pertenencia y sólo en correlación con éste existe y puede existir para dicha sociedad la trama de sentidos y mundos posibles.

Las razones de ser de lo colectivo, lo que mantiene unida a una sociedad aun en situación de grave crisis, es el mantenimiento conjunto de su mundo de significaciones, que permite diferenciarla de otras y pensarla en su particularidad. El papel de las significaciones imaginarias es proporcionar respuestas metafóricas a ciertas preguntas (¿quiénes somos como colectividad?, ¿qué queremos?, ¿qué nos falta?, ¿qué somos los unos para los otros?).

Castoriadis (1996) plantea que en el mundo actual hay una dificultad en la construcción de significaciones imaginarias sociales, lo cual es generador de un estado de crisis en las sociedades occidenta-

⁴ Podemos pensar que hay muchos “nosotros”, desde los ámbitos más abstractos como sería: “nosotros los humanos, nosotros los latinoamericanos, nosotros los zapatistas, etcétera”, hasta el nosotros que se estructura en los vínculos intersubjetivos y grupales del aquí y el ahora, siempre representándonos en múltiples “nosotros”.

les. El autor parte de un análisis de la crisis de varias instituciones estructurantes en la conformación del universo de lo social, como por ejemplo la crisis de la familia contemporánea; establece que se produce un hundimiento y una desintegración de los papeles tradicionales del hombre, la mujer, la paternidad, los hijos, etcétera, y sus consecuencias en la conformación de nuevas generaciones.

Si consideramos que hay una crisis de significaciones imaginarias sociales que se concretan en instituciones sociales como la familia, la escuela, el grupo de trabajo, la nación, etcétera, que representan instituciones que se incluyen las unas en las otras o que interactúan entre sí, articulándose con las construcciones subjetivas y las formas de lo deseable, lo pensable, lo que se ama o se detesta, en suma en las posibilidades de “ser, hacer y querer”, podemos decir que los sujetos se presentan ante la dificultad de significar valores, normas, puntos de referencia, motivaciones, proyectos que ocupen singular y colectivamente lugares de pertenencia. Esto deviene también en el debilitamiento o la desarticulación de los pilares del proceso de identificación formados por entidades socialmente instituidas.

[...] no puede no haber crisis del proceso de identificación, puesto que no existe una autorrepresentación de la sociedad como foco de sentido y de valor, e inserta en una historia pasada y venidera dotada ella misma de sentido, pero no “por sí misma”, sino por la sociedad que así la re-vive y la re-crea constantemente. Estos son los pilares de la identificación última de un “nosotros” intensamente catectizado, y es este “nosotros” el que hoy se desarticula porque cada individuo se relaciona con la sociedad como simple “constricción” que se le impone –ilusión monstruosa pero vivida con tanta realidad que se torna un hecho material, tangible, el índice de un proceso de des-socialización (Castoriadis, 1996:133).

Es decir, que las posibilidades de pertenencia están entramadas con procesos identificatorios; en el ámbito social, las representaciones imaginarias colectivas sólo pueden producirse por medio de la identificación de un individuo con otros en un espacio común que

enuncie la posibilidad de un “nosotros”,⁵ mismo que signifique y represente la dimensión de lo social y cultural en la construcción de sentidos, a su vez, del ámbito subjetivo.

En el escenario de las estructuraciones psíquicas subjetivas, la identificación es la forma primera y más originaria del lazo afectivo, sin la cual las posibilidades de la estructuración psíquica del yo y sus devenires no tienen configuración posible. Por tanto, los procesos vinculares identificatorios son determinantes en la estructuración del psiquismo singular, así como en la construcción de las ligaduras portadoras de sentido del orden social.

Freud expone que la identificación es fundante de la existencia del sentimiento social. Este sentimiento descansa en la posibilidad de transformar un vínculo (en principio) hostil con el semejante, en otro distinto que pasa por la identificación. Este proceso sólo es posible si en la formación de la masa hay un mismo ideal del yo para todos.

Este proceso se encuentra así, en el origen de la constitución del grupo humano, la eficacia del ideal colectivo proviene de la convergencia de los “ideal del yo” individuales: cierto número de individuos han colocado un mismo objeto en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo; y a la inversa, aquellos son los depositarios, en virtud de identificaciones con los padres, educadores, etcétera, de cierto número de ideales colectivos: cada individuo forma parte de varios grupos, se halla ligado desde varios lados por identificación y ha construido su ideal del yo según los modelos más diversos (Laplanche y Pontalis, 1994:181).

Cabría preguntarse, ¿qué modificaciones se han producido en la actualidad en los procesos de constitución singular y colectiva de los ideales? Tanto los procesos identificatorios como las significaciones de pertenencia se construyen en escenarios grupales, sociales, subjetivos, como redes y tramas necesarias, fundantes y conflictuales de la

⁵ Es importante aclarar que con la idea de “nosotros” no me refiero a la desaparición de la alteridad, de la singularidad ni de la diferencia, sino a referencias identificatorias que den sentidos sociales y colectivos.

experiencia humana. Son determinados por las posibilidades identificatorias, transferenciales y vinculares con los otros; y a su vez abren preguntas subjetivas que inscriben contenidos conflictuales en interrogantes acerca de lo que nos vincula o desvincula a un escenario social. En este sentido remiten a la trama de sentidos que construimos con otros en un diálogo de lo que nos une y de lo que nos distancia a los escenarios sociales que habitamos. Queremos finalizar diciendo que todas estas miradas contienen una trama de sentidos, de horizontes y preguntas que hacen una lectura de inscripción de nuestro tiempo, trazado en el repliegue o ensombrecimiento de lo colectivo, en la turbulencia de las identificaciones, en los perfiles del cuerpo, en los ecos de la pertenencia, en distintas formas de pensar, sentir e imaginar, con las cuales nos representamos el mundo. Todo ello sugiere el carácter enigmático de la condición contemporánea. Así también, nuestras reflexiones están en transiciones desafiantes de procesos paradójicos para seguir recorriendo interrogantes, detalles, discursos que perfilan otros sentidos conferidos a la experiencia, y a lo que esté por venir.

La voz de los jóvenes⁶

Una sociedad hostil: ¿includos-fusionados o ajenos-marginados?

El material discursivo obtenido de las experiencias grupales fue de gran riqueza, señalamos algunos emergentes que son significativos en la reflexión de nuestras interrogantes. Dentro de los contenidos que hicieron presencia e insistencia en el discurso de los jóvenes respecto a cómo significan su sociedad están:

“La sociedad viola los valores y principios internos”, “desintegra los vínculos y las familias”, “la sociedad enseña a no pensar”, “nos prostituye”, “exige”, “es incomprensible”, “violenta”, “esta sociedad tan falsa”, “incierto”, “excluyente”, “hostil”, “gris”, “insaciable”, “es un circo”, “no se puede cambiar”, “amenaza”, “en la sociedad ya no crees, no te asombra nada de lo que pasa”, “no estamos includos”,

⁶ Todas las palabras entrecomilladas hacen referencia al discurso grupal.

“es estar mimetizado como la propiedad de algunos animales de ser iguales a otros seres y objetos entre los cuales viven, para pasar inadvertidos y protegerse de los peligros”, “sabes que vas a salir y que muy probablemente no encuentres empleo”, “puedes tú decir, es que yo voy a ir siempre con unos principios o equilibrios al nivel de evitar la violencia, ¿no? [...] y sales y te golpean o te asaltan”, “hay que aguantar el mundo”, “la sociedad te pone muchas trampas”, “vivimos en esta sociedad en la que ya no estamos aceptados de todas maneras”.

Todas estas representaciones conllevan formas amenazantes de discursos dicotómicos y absolutos: por un lado aparece la fantasía de estar “pegados”, “adheridos”, “mimetizados”, en una suerte de indiferenciación con lo social para preservarse. Por otro, hablan de representaciones expulsivas y excluyentes, donde la sociedad está “afuera”, es “ajena”, “desconocida”, “distante” del sujeto. Estas polaridades irreconciliables y amenazantes, en ambos casos provocan lo que ellos denominan con características radicalizadas el “afuera y el adentro del ser” (fusionados y separados), presentando dificultades de elaborar concepciones de su estar y transitar en el mundo social como contruidos y constructores del mismo, en un diálogo complejo.

Si bien la representación no significa una fotografía del mundo exterior, la experiencia subjetiva juvenil desde el campo representacional de su realidad expresa diversos grados de malestar y dificultades que se contextualizan en la vida actual y en la historia singular de cada sujeto. Como mencionamos, apoyándonos en los planteamientos de Castoriadis, las relaciones intrínsecas que sostienen lo que “existe”, lo que “es”, lo que tiene presencia y lugar, representación, se vinculan, recrean y reconstruyen en una lógica social mediante significaciones imaginarias instituidas que dan lugar al “sentido” y configuran plataformas en los procesos de constitución de los sujetos.

Encontramos que la representación social como lugar de la experiencia de impresiones subjetivas actuales y compartidas, se presenta con significativas problemáticas. En este sentido “estar” en sociedad para los jóvenes hace referencia directa a la complejidad de dibujar contornos y lugares subjetivos y colectivos en el espacio social en

donde se asumen dos líneas relevantes: “estar” en sociedad tiene que ver con lo que ellos mencionan como “estrategias de sobrevivencia” que en sus discursos aparece en dos sentidos: por un lado la sobrevivencia “del cuerpo y la alimentación” y, por otra parte, las estrategias de sobrevivencia simbólicas de “valores”, sentidos y deseos subjetivos.

El futuro desdibujado

Otro contenido significativo común en los jóvenes al abordar el tema de pensarse a sí mismos, consistió en la dificultad de visualizar, pensar, imaginar o fantasear acerca del futuro, ya sea en ámbitos afectivos, académicos o laborales. Y junto con ello la dificultad de pensar en proyectos de vida. La palabra “incertidumbre” traída por los jóvenes es la característica principal con la cual significan su futuro y sus proyectos. El futuro se expresa en cuatro bloques significantes⁷ que predominan: mortífero, violento, desesperanzador y locura.

“Hablar de un futuro es hablar de un futuro incierto”, “en el futuro me imagino muerto”, “en el futuro nos referimos sólo a sobrevivir”, “prepara un colchoncito para el trancazo que viene”, “nosotros éramos la generación del futuro y ya estamos aquí todos perdidos”, “no hay porvenir [...] tampoco hay un porvenir social”, “no me puedo imaginar[...]”, “no sé ni cómo yo misma voy a ser dentro de cinco años”, “el ver cómo todo se está muriendo”, “en el futuro [...] todo de blanco, yo de blanco, rejas y batas blancas”.

Cuando hablan de proyectos consideran dos posibilidades: por un lado se enuncia la huida (“partir”, “salir del país en búsqueda de otras culturas”), por otro, hablan de “proyectos alternativos”, al margen de la vida urbana (“escaparse de todo”, “ser psicólogos en comunidades”).

⁷ La idea de significante en el trabajo interpretativo del discurso grupal es concebida como una herramienta de trabajo desde el referente psicoanalítico, en donde el significante no remite directa ni rígidamente al significado ni a definiciones cerradas o transparentes, sino que es un misterio, un enigma, un equívoco, son una serie de hipótesis que hacemos que no nos refieren a una palabra literal.

El proyecto identificatorio al cual se refiere Piera Aulagnier (1979: 20), como capacidad del sujeto de “pensar su propia temporalidad: para ello hace falta pensar, anticipar, caracterizar un espacio tiempo futuro”, puede arribar al universo subjetivo desde anclajes identificatorios del pasado, y brindar referencias simbólicas, utópicas, ideales, deseables y posibles de construcción singular, propia. En este sentido consideramos que hay notorias dificultades de construir algún tipo de proyecto. Las representaciones referidas a la temporalidad se ven transformadas, así, en un desdibujamiento de horizontes futuros, ya sean éstos pensables, deseables o incluso desdeñables.

Relatos vinculares, los unos y los otros

Ante sus preguntas por los vínculos, en los grupos se evocaron varias escenas las cuales muestran que se trata de uno de los temas más “difíciles” de abordar en sus reflexiones (“esa dificultad que tenemos de hacer vínculos”), de sostener en sus experiencias de vida, de promover y de crear. Por un lado los vínculos son traídos en el discurso permanentemente como un resquicio rescatable de las experiencias de vida en ámbitos privados. El vínculo aparece como lo rescatable de uno mismo y del otro, “a veces hay un ingrediente, algo rescatable, el contacto de otras personas”, “relacionarme con otros es un aliciente para ir en esta cotidianidad”, así los vínculos aparecen como espacios de lucha privada con los “propios”. Por otro lado, están los vínculos sociales rotos, amenazantes o en una creciente disolución: “esa propiedad que tiene la sociedad de aplastarnos unos con otros en relaciones que nos van afectando”. “Nos estamos matando unos a otros en todos lados, las guerras, qué pasa con esa convivencia entre los seres humanos cada vez más difícil, y cada vez no existe”, “los vínculos duelen, hasta los vínculos más sencillos de que te subes al micro y una señora embarazada y todos cierran los ojos, no le dan lugar, o se cae alguien y nadie le tiende la mano para recogerlo, no tienes que ir a ver a los afganos”, “me llevo entre las patas a muchos, no hay compromiso social”.

Por último, los vínculos se problematizan en lo referente a la transmisión. ¿Qué transmitir y cómo transmitir en lugares maternos, paternos, profesionales, educativos? También en este sentido los lugares de intercambio son planteados como conflictivos. Todo intercambio, transmisión, conlleva una alta cuota simbólica y temporal, en el dar, recibir y devolver. Los modos de circulación del mundo contemporáneo producen configuraciones de intercambio que en el discurso de los jóvenes se escuchan con grandes interrogantes acerca de transmisiones materiales, simbólicas, imaginarias, valorativas, institucionales y sociales. A este respecto, encontramos que hay una producción de interacciones en las cuales se pone de relieve el vivir la vida con el “cuerpo”, más que con los intercambios simbólicos.

Si retomamos una de nuestras hipótesis en la cual consideramos que se produce un debilitamiento de los intercambios simbólicos, en referencia a las posibilidades de transmitir, compartir, hacer pactos y proyectos con otros, en que lo simbólico tiene que ver también con una lógica de la diferencia, con lugares fundantes y ordenadores (en la genealogía familiar, en las sexualidades, en el nombre propio, etcétera) que hacen vínculo con el otro, lo simbólico permite que las diferencias con el otro tengan lugar, continente. En este sentido los recursos simbólicos en tanto portadores de lugares y lógica de la diferencia, permitirían que las vicisitudes de lo imaginario tomaran otros ordenamientos. Consideramos que hoy en día hay una tendencia de las tramas vinculares que se apuntalan en relaciones con contenidos fuertemente imaginarios y de difíciles intercambios de orden simbólico. Emergen demandas al otro de sostenes primarios: “una persona que me sirva de espejo”, “necesitamos respuesta del otro, si no está el otro ahí, y no te responde es como si no estuvieras”, intercambios que parecen con contenidos de maternaje de los orígenes: “una sonrisa, una mirada, una palabra” como “razones para vivir”, “el mundo está tan jodido, ¿qué me hace no querer quitarme la vida todos los días?: recordar cuando te sonríes con alguien, cuando platicas con alguien, cuando estás con otra persona y se conectan”.

En sus discursos emerge el otro como partícipe de la constitución propia, el pedido de reconocimiento del otro, los sentidos que los otros producen a las acciones singulares, la responsabilidad por el

otro, la destrucción del otro, la respuesta o no respuesta del otro, el desencuentro con el otro como un “destino”. En este sentido los jóvenes plantean la angustia de la disolución de lo relacional, y la “lucha” por rescatar el espacio vincular cotidianamente: “¿el valor de la vida? [...] fomentar relaciones”.

La búsqueda de una “respuesta del otro”, fue encaminada a pensar en la “aspiración” de tener vínculos de escucha, protección y contención. Entre todas las dificultades de los grupos en apalabrar sus inquietudes acerca de lo vincular, consideramos como emergente que uno de los grupos actuó una huida, no asistiendo a la sesión correspondiente.

La identificación con el otro, como ya se ha dicho, es parte constitutiva del sujeto psíquico, grupal y social; por tanto, si bien los lugares identificatorios colectivos de construcción de sentidos se ven transformados, el otro como “modelo, objeto, apoyo, o adversario” (Freud, 1921) se sostiene en un recorrido de preguntas que ilustran las ambivalencias y procesos por los cuales la representación del otro es fundante en la subjetividad colectiva.

Los procesos identificatorios abren testimonios a las reflexiones sobre la identidad, la relación y la alteridad. Los jóvenes se preguntan acerca de “los lazos que nos unen”, acerca de la grupalidad: “¿somos un grupo?”, “somos un grupo y no lo somos”, evidencian que la inscripción de sus nombres a una lista institucional de la universidad, es lo que significa que hay algo en común entre los estudiantes: “el asistir a clases”. Las únicas posibilidades de pertenencia, de quehacer con otros, de sentirse convocados a ser y estar con otros, se limitan a la formalidad de su registro en una lista, “lo único que me une a otros, es una numeración de nuestros nombres en una hoja que dice que estamos aquí”; es interesante ver cómo el preguntarse por lo grupal hace surgir como emergente que no hay posibilidades de intercambio, de hilar identificaciones y pertenencias a partir de un proyecto común, ni siquiera por compartir la misma formación, “no nos conocemos, aunque algunos llevamos mucho tiempo juntos, no nos interesa”, “somos un grupo porque lo dice la lista”, “yo siento entre nosotros un lazo invisible, como un hilo que nos une y que se rompe a cada rato, en la distancia entre uno y otro”.

Muchos grupos entran en escena en el discurso de los jóvenes, los grupos de amigos, los grupos para fiestas, los grupos de cuates. La inscripción de los estudiantes y posibles profesionales, no aparece en ninguno de estos espacios. Y es más fácil pensar en aquellos grupos a los que no se quiere pertenecer. Algunas expresiones de sus discursos respecto de la pertenencia a los grupos de psicólogos... “te dan ganas de salir corriendo”; respecto de la inserción en el mundo laboral... “no quiero que me quiten lo que ya tengo”; respecto del egreso... “te enfrentas a algo que ya lo tenemos por los pelos, el futuro, es todo lo que tenemos para defendernos”, “es un miedo a enfrentarse a algo que no conocemos”.

¿Estudiantes universitarios?: las fisuras de un encargo social, la falta, la culpa

Resulta ser un terreno evitado el preguntarse por sus lugares como estudiantes universitarios, parece que este lugar está colmado de encargos en sus imaginarios: “somos la esperanza de una salida, de la desesperanza que es esta realidad”. La idea del encargo social, de ser “los elegidos”, es un lugar enajenante, que desrealiza el universo de lo posible, con altos contenidos generadores de culpa. “La carga social [...] porque entraste tú entre varios, pues a ver cómo lidias con eso, y cómo le vas a regresar a la sociedad el que estés aquí, así siente uno que en realidad es una carga o una culpa”.

Se evocaron imágenes y escenas que manifiestan el lugar de estudiante con demandas de encargos sociales en contradicción con lo que aprenden en su propia institución universitaria; así también emergió la no valoración de un quehacer académico en su sociedad (“¿para qué tanto estudiar si no voy a poder ejercer?, eso no vale, salgo de aquí y no tengo trabajo, no puedo hacer algo de lo mío, ¿cómo defenderme en el mercado?”), donde también se preguntan ¿cuál es el sentido de la institución?, ¿cuál es el sentido de la profesión?, y si acaso estudiar es “perder el tiempo”.

El movilizante lugar de estudiantes universitarios se asoció también al lugar del saber, del “demostrar” y de tener estrategias de vida

alternativas a un encargo social establecido, así como también sentirse atrapados en discursividades sociales que los identifican como: “Los que no estudian”, “los que no aprenden nada”, “los que no responden”, los que deben “devolver algo a la sociedad”, los que deben “demostrar algo”, los que son “una carga”, los que son “unos flojos”, quienes tendrían que distinguirse de otros por tener el título de universitarios, los “elegidos” entre varios descartados de la inserción institucional, los que son “lacras sociales”. Algunos otros *abrochamientos* de sentido de lo que los jóvenes dicen ser para su sociedad y para otros, son: “mano de obra barata”, “profesionales devaluados”, “los perdidos”. Estos adjetivos producen efectos, malestares y tensiones, constituyendo imágenes investidas en la denostación.

Aparecen contradicciones: “nuestra situación es muy difícil, por un lado nos dicen, son unos flojos, no sirven para nada, y por el otro, son el futuro, se tienen que encargar de lo que está por venir, tienen que entrarle a todo, echarle ganas”.

Estas visiones polarizadas en su fantasía del todo o nada, los coloca en lugares de respuestas imposibles, “ser unos flojos” o “entrarle a todo”, “no servir para nada” o “ser el futuro”. Aparece en los jóvenes un enojo social, en el que expresan no entender los pedidos a los que se sienten requeridos ni tampoco su lugar dentro de la sociedad.

Lugares subjetivos: cuerpo, ser, imaginación

Los jóvenes hablan del déficit de lugares sociales en que puedan participar como sujetos activos de su profesión y su entorno en propuestas laborales o académicas, con lo cual hay una caída de su representatividad social en lugares colectivos y se remiten a una fantasía de habitar lugares propios y singulares en el cuerpo, la memoria, la imaginación, los pensamientos, “mi lugar es mi cuerpo, mi ser, también mis pensamientos y la imaginación que uno va creando como ser humano”. Además hablan de un vaciamiento de congruencia en los sentidos sociales y sus instituciones, y en ese sentido su lugar “personal” es la búsqueda de una congruencia consigo mismos: “tratar de buscar una coherencia con nosotros mismos, ésa sería la

parte que para mi gusto sería el lugar, mi lugar y sería un lugar que se presta para un diálogo y una reflexión conmigo mismo”, “el país no va a cambiar, no hay dones divinos, sólo va cambiar algo de la puerta de tu casa para adentro”.

El terreno movedizo de los valores

Otra característica común a los grupos con los cuales se trabajó, fue la problemática sobre los valores que aparece como una de las preocupaciones centrales de la subjetividad de la juventud. Ésta fue abordada en varios sentidos: por un lado se consideraron los valores en relación con el vínculo con el otro, en donde se preguntan por su potencialidad de “ayudar” o “destruir” al otro.

En este sentido, los valores en lo relacional se enuncian como lugares del “bien” y del “mal”, que más que configurar movimientos reflexivos en el imaginario, se perciben como lugares estáticos y fijos. Por otra parte se presenta una diferenciación entre los “valores personales” que “no se reflejan” con los “valores sociales”. Así, pareciera que se dividen dos mundos: por un lado los valores personales y por otros los valores sociales, que no se sostienen como referencias comunes. Dicen que los valores subjetivos o internos son distintos de las demandas sociales, y más aún, lo social es una “intromisión” adversa a los valores internos que es difícil sostener. Los jóvenes se preguntan: “¿cómo sostener valores personales?”, si los valores se pierden, se modifican o se transforman hoy en día.

Paradójicamente, si bien explicitan en un discurso insistente que no hay posibilidad de construir valores comunes (“lo que está siempre bien para unos estará siempre mal para otros”), también está insistentemente presente la preocupación acerca de los valores en relación con los vínculos, la crianza de los hijos, los lugares laborales y profesionales, la familia, la transmisión de la educación, el matrimonio.

Las construcciones valorativas comunes precisan de significaciones colectivas, identificaciones en circulación por dichas significaciones y construcciones identitarias como referentes imaginarios del sí mismo y del otro.

La problemática de los valores está muy asociada a lo que ellos enuncian como dificultades en la transmisión; surgen dos caminos problemáticos en el imaginario juvenil: por un lado se posicionan como generación receptora de una transmisión confusa, que tiene grandes contradicciones con lo que se sustenta en su realidad social, en sus mundos de vida académica y laboral, básicamente. Frente a la poca claridad acerca de ¿qué nos han transmitido y qué nos transmiten en términos valorativos?, dicen “estamos mal fundados” y en “este país ya no tienes la oportunidad de servir la mesa, no hay para dónde”. Por el otro lado, se preguntan con esas condiciones, ¿qué podemos transmitir a la generación de nuestros hijos?, como otro lugar problemático.

La estructura generacional de la transmisión de un mundo de valores, que configura un mundo simbólico, adquiere sentidos diversos para los jóvenes, como si la columna vertebral de un linaje de valores se fuera desvaneciendo, entrara en contradicción con sus realidades socioculturales, y fuera necesario producir otros movimientos en las preocupaciones por el intercambio y el pasaje de generación a generación de dichos contenidos. Algunos de éstos se rescatan, se añoran, otros se niegan o rechazan, pero permanece una pregunta en donde se ve quebrado el mundo de los valores subjetivos, personales, familiares, vinculares, con el mundo social en que habitan.

Los referentes simbólicos del mundo actual en su trama de complejidad, nos llevan a otra pregunta, que si bien no pudimos responder de manera exhaustiva, consideramos importante puntualizar: la cuestión de los límites en los universos representacionales juveniles. Los límites también están en momentos de transformación, nos preguntamos: ¿qué fuerzas se presentan en este terreno de complejidad?, y ¿cómo se configura imaginariamente lo establecido, lo permitido y lo prohibido?, que aparece en el discurso de los jóvenes ante todo en las referencias valorativas conclusivas de *abrochamientos* simbólicos en lo que ellos denominan el “bien” y el “mal”.

La dificultad de construir sentidos comunes, sentidos sociales, haciendo matices fundados en lógicas de diferencia como posibilidades de lo simbólico, produce como emergente la fantasía de “unificación”, en que requieran de “criterios e intereses unificados”, “tener el

mismo significado de todos para la sociedad”, “hacer un significado de todos único”, donde hay un hundimiento de la singularidad de cada uno en espacios diferenciados del compartir con otros.

Los semblantes de la muerte

La crisis de significaciones imaginarias colectivas o sociales con sentidos de pertenencia y significación identitaria, trae el significante de la muerte, como otro emergente central que se evidencia en los grupos de reflexión. Los jóvenes hablan de la muerte real y física, de la muerte del lazo social, de la muerte del porvenir y de la muerte del deseo.

La muerte y el riesgo físico (el cuerpo), están expresados a causa de las amenazas de una sociedad violenta en la vida cotidiana urbana con ausencia de protección social (“sales y te asaltan o te matan”, “te mueres de hambre”, “el miedo a que explote una bomba”, “me inquieta ver que se matan unos a otros”, “todos debemos vivir, y una guerra mundial [...] ya no va haber vida ni progresiones ni economía ni país ni nada, me asusta”).

La muerte del lazo social tiene que ver con el descentramiento de los sentidos colectivos, de referentes comunes, de vaciamientos de mundos simbólicos que a veces produce el “desplazamiento de unos valores por otros”, o de sus transformaciones. La muerte del deseo es expresada como aquellos lugares internos en riesgo (principios y valores), que no coinciden con el escenario social, así como las dificultades de elección laboral, profesional, afectiva, desde el deseo propio. En este sentido los jóvenes hablan de diversas estrategias en los resquicios subjetivos: *a)* mostrar “máscaras”, y mediante éstas, “filtrar ideas y posturas” para resguardar su mundo interno, velado al ámbito social. O, de otra manera, insertarse en el mercado de trabajo, “adaptándose” a las demandas del mismo, es vivenciado como “traición” o “prostituirse”; *b)* intentar “sobrevivir” fuera del deseo propio; *c)* negar lo deseable en vista de una “adaptación” al mundo social y los malestares que ello produce; *d)* moverse del lugar de responder o no a las demandas y construir desde los espacios más privados y singula-

res, etcétera. “Ser sujeto”, “ser con los otros”, se presenta bajo formas sensiblemente diferentes a las de generaciones precedentes.

La muerte del porvenir es el lugar nostálgico que la juventud expresa como todas aquellas “promesas” de otras generaciones, o “encargos”, de lo que ellos se deberían ocupar, ser y construir. Son lugares “perdidos” en que los jóvenes se sienten como protagonistas de los duelos de un linaje que viene de sus pasados y que hoy no resguarda el imaginario. Por tanto, constituyen los lugares de la desmitificación y el descrédito de construcciones utópicas: “una falsa utopía es esta realidad”, “no aspiro cambiar a la sociedad, llámenme pesimista [...] pero no me creo profeta”, “otras generaciones querían cambiar el mundo [...] no gracias, no soy salvadora”.

Reflexiones finales

Si asumimos que en la actualidad el espacio simbólico se vuelve movetizo, cambiante, contradictorio, en términos de sentidos y significaciones comunes, las estrategias intersubjetivas y los espacios vinculares toman varias tendencias. El discurso de los jóvenes alude a demandas específicas de un mundo simbólico esclarecedor y por tanto compartible en el imaginario con otros semejantes; sin embargo su dificultad los convoca a la construcción de diversas estrategias en la fantasía y en sus realidades, en las palabras y en el cuerpo de dicha búsqueda. De diferentes formas, el discurso de los jóvenes expresó la centralidad de los espacios vinculares y la búsqueda de construcciones en los mismos.

En este aspecto se debe considerar que las formas sociales y sensibilidades que aparecen con rasgos peculiares en la contemporaneidad actual, permiten, sin ignorar complejidades y contradicciones, expresar búsquedas intersubjetivas y encuentros. Estos se producen mediante las distintas características que toma la socialidad, las instituciones, las significaciones y las identificaciones, que a su vez representan condiciones que atribuyen otras formas de recuperación del sentido.

Asimismo, la atención dada a los puntos de conflicto de los jóvenes en la realidad actual, apunta a que la lectura del material discursivo priorice los lugares de malestar y dificultad ya mencionados; ello no desconoce las fuerzas constituyentes y constructivas de diversos órdenes que abren horizontes de sentido y acción en la juventud.

A su vez, consideramos que la población con la cual se trabajó fueron jóvenes próximos al egreso de la licenciatura, lo cual los posiciona en diversas elecciones de vida, en que se perciben fuertes ansiedades en el aquí y ahora de estos grupos. Estar cerca del final conlleva la separación de la institución “madre” y formadora; estas características pudieron influir ampliamente en el material que presentamos.

También consideramos que los desencuentros que emergen en los imaginarios juveniles del mundo subjetivo y la sociedad, abren a su vez transformaciones y momentos que desatan fuerzas significativas, por ejemplo la necesidad de desmitificaciones radicales que los jóvenes enuncian, quizás son también las posibilidades para nuevas construcciones.

Los pasajes de este recorrido nos confrontan con las diversas formas de construcción del sentido en iniciativas individuales y en formas colectivas que apelan a la lógica de representaciones de la vida y la muerte, el hombre y la mujer, lo heredado y lo transmisible, etcétera, en el discurso de los jóvenes que con su palabra establecen marcas y presencias intentando significar, y dar respuesta a un malestar experiencial que pone en juego el cuerpo, la imaginación y el vínculo. Trayectos múltiples de inquietantes preguntas sobre los tránsitos, enigmas, memorias y testimonios, de las condiciones de la subjetividad singular y colectiva en significaciones de pertenencia.

Bibliografía

- Augé, Marc, *El sentido de los otros*, Paidós, España, 1996.
 —, *La guerra de los sueños, ejercicios de etnoficción*, Gedisa, España, 1998.

- Aulagnier, Piera, *Los destinos del placer*, Argot, Barcelona, 1979.
- Baudrillard, Jean y Marc Guillaume, *Figuras de la alteridad* (Col. La huella del otro), Taurus, México, 2000.
- Baz, Margarita, Fernández, Lidia *et al.*, *Encrucijadas metodológicas en ciencias sociales*, UAM-Xochimilco, México, 1998.
- Baz, Margarita, *Subjetividad y orden social*, maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, módulo 2, UAM-Xochimilco, México, 2001.
- Carlisky, Néstor, Celia Katz de Eskenazi y Moisés Kijak, *Vivir sin proyecto. Psicoanálisis y sociedad posmoderna*, Lumen, Argentina, 1998.
- Castoriadis, Cornelius, *El ascenso de la insignificancia*, Frónesis, Cátedra Universitaria de Valencia, Madrid, 1996.
- , *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 2, “El imaginario social y la institución”, Tusquets, Barcelona, 1989.
- Freud, Sigmund (1930). “El malestar en la cultura”, *Obras Completas*, vol. 21, Amorrortu, Buenos Aires, 1988.
- (1921), “Psicología de las masas y análisis del yo”, *Obras Completas*, vol. 18, Amorrortu, Buenos Aires, 1988.
- Laplanche, J. y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Labor, Colombia, 1994.
- Lipovetsky, Gille, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1988.
- Maluf, Norma Alejandra, *Las subjetividades juveniles en sociedades en riesgo. Un análisis en contextos de globalización y modernización. Investigación sobre riesgo en niños, adolescentes y jóvenes*, Flacso, Ecuador, 2001.
- Morin, Edgar (1990), *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, España, 2000.
- Pichon-Rivière E., *El proceso grupal*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- Rojas, Ma. Cristina y Susana Sternbach, *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1994.